

RESONANCIAS DE ANTONIO MACHADO

«¿Qué otra cosa más grande puede ser un poeta que creador de conciencias?»

«¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo?»

«Es en la soledad campesina donde el hombre deja de vivir entre espejos.»

«Porque lo más frecuente es creer en lo racional, aunque no siempre por razones.»

LIBRO DE CABECERA

A lo largo y expectante del exilio, en la etapa curviempinada del retorno, la contigüidad camaraderil de este volumen, su inmediatez en bella, flexible encuadernación color burdeos. Haz de páginas que finor de plumas diríase cobija. Las «*Obras completas* de Antonio Machado», publicadas por Editorial Séneca, bajo la dirección de José Bergamín, autor del encendido prólogo, y que cuidara tipográficamente Emilio Prados, no sin aquel inefable ensimismamiento estrófico, suyo, que unge su dosis de erratas, a simple vista de fácil enmienda. «Se terminó de imprimir el día dieciséis de octubre de mil novecientos cuarenta en los talleres gráficos Cultura de la ciudad de México».

Nuestro libro de cabecera. El ensueño conduce al sueño: España, las Españas, la España peregrina, la España anclada; abierto y cerrado el círculo mágico. Monodílogo periódico con la obra impar, ente físico, concreto, hálito confesional por atracción e incitación. Evitó, impide, el que nos recostemos en la castiza soñarrera, en el dormir pánfilo, en los despertares inertes. O en la vigilia tópica, que no crea y, en trueque engañoso, aletarga aún más.

De tal suerte, sueño y ensueño se unen al sentido de nuestro tránsito, durante días contradictorios o en las márgenes hostiles de la noche. Subalterna educación que volvió a captar los desfiles ajenos, su marco de panoramas pausados, el atisbo de los prójimos, harto disímiles, que también los justifican o salpican.

Y caigo en la cuenta, al expresar de este modo la adhesión diferencial, añeja, que don Antonio Machado, hombre-poeta, no ha cesado de reavivar en nosotros —a través de muy diversos avatares y fieles

modulaciones— que Concha Méndez manifestó pareja tendencia en ocasión conmemorativa (1). Agrego el encuentro, con su actitud y lírica, de José Ramón Arana, allá por la fase preagónica de la dictadura primorriverista, cuando el escritor aragonés, fraternal e insustituible amigo, se ganaba el jornal en la fundición barcelonesa de Can Girona (2):

«... Las horas, transparentes cuando nada nuestro las enturbia, han pasado descalzas, de puntillas, casi sin gravedad. El mar ya no es azul, sino verdoso: tiene espejos grises en los festones y cresterías de las olas, y, arriba, sobre un fondo mestizo de azul y violeta, las estrías púrpuras, albas mitologías, pequeñas nubes trashumantes apresuradas hacia el Sur. Y el son del mar es otro... Vuelve el *pero* otra vez: '...pero a Juan Ramón Jiménez le rinde la belleza...', lo posee hasta dejarlo exhausto de temporalidad —pienso premiosamente—; entonces lo hace lengua suya. Es al revés que don Antonio Machado...»

«Sí, Machado es otra cosa. No le veo arrobado ante la maravillosa externidad de la belleza. Quizá la sienta como la expresión de algo en que no acaba de creer, pero que busca y busca no sólo con los ojos. Los páramos, las nubes, el río, los caminos y los atardeceres, los muros y los árboles..., todo aparece en él con una cierta pulsación que dice su parentesco con el hombre. Cada golpe de pulso, ¿no es un paso en el tiempo?»

Otra advertencia de la memoria: ¿dónde perdí, en mis trasiegos, la separata que, doblado 1950, me dedicó —caligrafía firme y menuda— Juan David García Bacca, en Caracas, ensayo que iniciaba una serie de análisis, jugosamente glosadores, de la filosofía de Juan de Mairena?

Inestimable privilegio poder manifestar hoy las resonancias que don Antonio Machado concita. ¿Y las voces sepultas, terrible mudez, de los soldados del pueblo que desde las trincheras, descubriéndolo, aprendieron la virtualidad de los versos que los interpretaban y acompañaban?

Apunto sólo unos casos paradigmáticos, a millares de semejantes, compatriotas, extensibles. Testimonian que para los españoles de mi hornada y signo, de nuestra experiencia indeleble, la conjunción de

(1) Acto en recuerdo de don Antonio Machado. Se celebró el 19 de febrero de 1947, en el local de la Editorial Séneca, México, D. F., organizado por la revista «Las Españas». Participaron asimismo José M. Gallegos Rocafull, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Gil Albert, Manuel Altoíaguire, José Moreno Villa, Juan José Domenchina.

En 1946 le rindieron tributo, en el mismo lugar y con el citado auspicio, Mariano Granados, Daniel Tapia, Luis Santullano; míos, unos cortos párrafos preliminares.

(2) «Can Girona / Por el desván de los recuerdos», Madrid, 1973.

José Ramón Arana frecuentaría luego, en sucesión de comentarios caracterizadores y fervorosos, que recopilación merecen, los «mensajes» de Antonio Machado.

valores literarios y éticos que don Antonio Machado encarna, le confieren magnetismo y representatividad. Declaración ésta principalmente referida a los ciclos de la guerra civil, del éxodo y desarraigo, que simultanearían, intramuros, los silencios y las lecturas clandestinos.

Independientemente de la cercana, ya predecible, trascendencia de la obra de Antonio Machado, fuera de España (pronóstico que habré de esbozar en colofón), no tardará en ocupar aquí lugar aledaño a las quijotescas creaturas cervantinas, como nutrición mítico-existencial, cabal injerto de latido y letra, del que muy necesitados estarán los ibéricos en albor y agraz.

ESCUELA Y COPLA

En tanto que devotos oyentes, no feligreses, de Antonio Machado, alumnos libres, esporádicos, de su Escuela Popular de Sabiduría, intentemos cifrar las interrelaciones de lo poético y lo filosófico, los ejercicios mentales y las vibraciones líricas que nos propone. ¿Entenderemos el solfeo de ese adiestrador «ir y venir»? ¿Seremos capaces de armonizar la reflexión —no pocas veces aligerada por rúbricas y paréntesis humorales— y la cadencia, explícita o imbricada, siempre tutelar, de la copla, de sus zumos, probablemente el único cordón umbilical de Antonio y Manuel?

La copla —nos lo indican, en verbal escritura, Juan de Mairena y Abel Martín, Antonio Machado «*dixit*»—, más que anécdota o estribillo, pero a partir de su sencillez, se transmuta en ondulante meditación sentenciosa, de percibir-conocer ceñido al paisaje y a sus «correspondientes» pobladores. Y entonces cobra pluralidad y ánima la tradición, no se contrafigura, ni pudre, ni estanca.

Ello origina que junto a un auditorio variable, escolar y prototípicamente señalado, desempeñen función partera los desdoblamientos protagonísticos de Antonio Machado, los inventados maestros Abel Martín y Juan de Mairena. Tiempo atrás, para la plática con sus mercedes, tuve que sacarme de la manga, toda proporción guardada, a un modesto coterráneo, mi hermano siamés Andrés Nerja. Es pertinente, en consecuencia, que él me releve.

DE LA GENERALIDAD ABSTRACTA A LA PROYECCION PARTICULAR

Andrés Nerja emprendió el discurso, que de oídas reproduzco, en estos o análogos términos:

«Tratar yo, un aficionado, de autor y tema tan preciaros, y desmenuzados, últimamente, tildable será de intrusismo, de arbitrista desfogue, sin la menor apoyatura de metodología académica. De ahí, anticipo, que algo de virtud, por la mera intuición, alcanzará.

Siéndome dilectos, el poeta, su estilo y su conducta, no ocultaré mi renuencia a esta Intervención. Consta, entre mis escasos e indulgentes contertulios, la alergia que me provocan los homenajes a fecha fija, máxime si pretenden aliviar de culpa y torpor a los misceláneos olvidadizos.

Un 'arrimado' seré a la pródiga lista de fundamentales estudios, a ilustres ingenios y diestros peritajes debidos, a las loas y panegíricos ocasionales, a los que suponen haber pagado, con calderilla de rezagados pasmos, parte del tributo a Machado, Antonio, en la órbita oficial de una era conclusa. Han procurado manipularlo, en tesisuras y exclamaciones, con velos, elipsis y pinzas, pues únicamente desean acuñar un hópito perfil de bardo, que oculte recia porción de su vera efigie, la cívica... Temo que ahora, en tamaña restitución edulcorada, terciando las lógicas circunvalaciones del confuso ambiente, se propicie una versión que sería la cataplasma del culto —entusiasta y quizá impregnado de beligerancia— que se le rindió en el exilio. Nos hallamos, pues, ante dos vías de aproximación fragmentadora al hombre que asumió la común complejidad vital y destella un misterio de finales intimidades.

De tal manera han colocado en hornacina su nombre, en el «interior» del país. Propagan ciertas facetas de su temperamento y producción, mientras mellan las aristas, poéticas y humanas, de la trayectoria que presagia su desenlace imborrable.

Extremosidades que habrán de obligarnos, apagadas las fogatas del centenario, a rastrear, con voluntad de rigor, las constantes intrínsecas, comunicativas, de su verbo y peripecia.

Las claves bipolares para esta pesquisa, presumible es que nos acerquen a la captación lícita de uno de los poetas más vinculados a la palabra de su tiempo. Comprenderemos, entonces, el denodado esfuerzo de su equilibrio. Y resultará vaticinable, también, que penetremos en la congruencia de la abstracta generalización, a que se entregara, y de las proyecciones particulares, a ratos mostrencas y caricaturescas, en que abunda su pedagogía».

RECURRENCIA DE LA DIALECTICA

Incontenible este Andrés Nerja de mis pecares, que metido en trance pierde la noción de las reglas del diálogo, por él tercamente predicado.

«Sin *estrepitar*, una de las flaquezas léxicas de Mairena, ni *estrepitarse*, las disyuntivas Caín-Abel, guerra o paz, ambivalentes y propincuas al fraude, prestan hilo conductor, casi obsesivo, a las espi-

rituales indagaciones de Antonio Machado, que le orillan a derivadas tesis-antítesis.

De las que más se me grabaron, citaré, y excusad que me reduzca a enunciar, las que comportan, para mí, pertinaces motivos de identificación y rumia:

en lo anímico, la serenidad habitual de Antonio Machado —sustentador de lirismo su mundo; fracasaría en la épica, apuntó sagazmente, no ha mucho, Javier Alfaya— se taja con «arranques» de cólera justiciera y rebrincos de sarcasmo, muy fundados, eso sí / el tono del poeta, más que del prosista, es, por lo común, grave; raras, pero chocantes, algunas altisonancias, pronto compensadas por burlas y zumbas; al incidir en la contaminación oratoria, al gusto de la época, y notarlo, aplica el cauterio de frase o desplante satírico /

fue Antonio Machado, de sus contemporáneos de fuste, el que con mayor generosidad elogiara a los famosos varones o jóvenes talentos que le rodeaban: Unamuno, Ortega, Giner, Cossío, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Joaquín Xirau, Castrovido, Grandmontagne. Proclama sus fervorosas admiraciones, enteras, sin cicaterías, aunque en algunos, ambiguos potenciales, hubieran sido precisas reservas y prevenciones... En cambio, acusa por englobamientos, con «símbolos». Le importa no puntualizar en cuanto a los transgresores, ferósticos y bellacos. ¿Abrigó la esperanza de que los genéricamente aludidos rectificasen y anduvieran caminos de salvación? ¿Jugó a la lotería altruista de la inmanente dignidad humana? /

por ser de los hombres Inteligentemente terrenales —que ascienden a superior entidad metafísica—, Antonio Machado se revela en su tendencia a los grandes pareados: la muerte metaforizada queda en el mar —Jorge Manrique resurge— y la vida posible, sencilla, radicalísima, muestra su tangible vestidura en la montaña; la playa es para él pespunte y friso de la nada, de la Incógnita esencial; y la serranía —árboles, roquedales, matojos, rústicos allí plantados— se erigen en certidumbre, en corroboración inmovible /

de ahí que Antonio Machado enfrente, reiterativamente, lo cortesano, postizo y artificioso —deformaciones en esta coyuntura canceradas— a la rudeza e integridad campesinas, que apenas son, ahora, reminiscencias y comparsería; en cualquiera de esas fricciones —lo áulico, contraluz de la aldea; apiñadas camarillas y pueblo distante, atrofiado— se apoya el poeta para su vicaria coordinación de ciencia y conciencia, eticismos y arte, en sufriente tensión /

para Antonio Machado hay dos ópticas factibles e Ineludibles: en el supuesto de que los conceptos sean «tiempos de visión», los ojos mozos «comienzan» a barajar entorno y dintorno; por el contrario, las retinas viejas, desgastadas, han de atenerse a su métrica de percepción como un plazo, algo suspenso, en tesitura

subjetiva de caída o des-aparición. Aurora y crepúsculo, pivotes de sapiencia. Los arcos visuales, entendimiento y amor, sangre de su perspectiva /

Antonio Machado enunció, combinadas bromas y veras, los dilemas existencialistas que a posteriori se institucionalizarían, ¡pedregoso vocablo! Y lo efectuó con sobriedad expositiva en su enseñanza privada o mediante un versificar que afluye hacia la verificación /

la impenetrabilidad del ser individual, la falta de comunicación realmente unificadora, el hecho (pese a Leonor y Guiomar) de que «la amada es imposible» y el amor desolada «aspiración a lo otro», naturalidades que descartan, no ya moral sino ontológicamente, a juicio de Machado, la homosexualidad. Asevera, incluso, «que la poesía es el gran fracaso del amor». Ampliatoriamente:

*Tengo a mis amigos
en mi soledad
Cuando estoy con ellos
¡qué lejos están!*

De su heterodoxo inquirir, en el acervo machadiano, llega Andrés Nerja a la brusca deducción, por vanagloria regional y localista, de que el poeta desembocó en las supradichas condensaciones a resultas de su nacencia andaluza y de su «mineralización» castellana. Nada de casual tuvo que su derrotero mestizo lo enclavara —jirón biográfico— en comarcas olivareras de Jaén.

LA DIFÍCIL PERO PRÓXIMA UNIVERSALIDAD

Retírase Andrés Nerja, mi colega de secretas fatigas y públicas utopías. Aún le sobra cuerda para desplegar las comprimidas disquisiciones a que es demasiado propenso.

No me hubiese extrañado, por su enhebrar, que concluyera la gimnasia acotadora en una interrogante que suele formular: la difícil universalidad de Antonio Machado, al que se considera y esparce como creación de uso y destino españoles.

Antonio Machado, tan familiarizado con las corrientes intelectuales y estéticas que fermentaban en el microcosmos occidental (reparemos en su parva conexión, excepto la simpatía por el «alma eslava»; con las ideas y sensibilidad orientales: el envés de Hermann Hesse), aplicó esas facultades, a medias ecuménicas, a su contingencia, epocal y terrenal, de españolismo cribado. Y ahí reside su aportación de servicio colectivo, el magnífico capítulo de su humildad.

Al parigual de Cervantes, en su novela manantial, las motivaciones, simbología, personajes y escenarios de Antonio Machado son

netamente hispánicos, exentos de afeites y vagoriedades para muelle circulación por doquier. En los miserables estertores, a que nos es dable asistir, de la sociedad de consumo y de sus remedos feudales, la búsqueda de nuevos entronques solidarios conducirá a la lectura asidua, en profundidad y sosiego, de su poesía y pensamiento, a la recuperación de su legado humanístico, más en melodía que en doctrina literal.

En nuestro país la inminente vigencia de Antonio Machado contribuirá a rescatar la memoria perdida, secuestrada, antecedente. Y es previsible que también convoque atención y fervor allende los límites peninsulares.

En una de sus felices teorizaciones, asentaba recientemente Francisco Ayala «que lo español es una forma histórica de manifestación humana».

Por las obras y el aliento entrañables de Antonio Machado, ¿no se impone afirmar, en vía paralela, «que lo español habría de significar una forma humana, poética, de manifestación histórica»?

No aventuramos una variante ordinal, una transposición lúdica, sino esta diferencia sustantiva y teleológica.

Para dilucidarlo, o ensamblarlo, Juan de Mairena...

MANUEL ANDUJAR

Canillas, 22, 4.º C
MADRID-2